

Ventriloquismos travestis de la escritura masculina en el siglo XIX en Ecuador: las voces femeninas de Juan Montalvo

JUAN CARLOS GRIJALVA

ASSOCIATE PROFESSOR OF LATIN AMERICAN LITERATURE, ASSUMPTION
UNIVERSITY

jgrijalv@assumption.edu

1. En un “Discurso” pronunciado por la niña Soledad Valencia, estudiante de la Escuela de Santa Ana y publicado de manera anónima en el periódico *El Combate*, en Ambato, Ecuador, el 23 de agosto de 1884, la incapacidad intelectual de la mujer para ser independiente, participar en la vida política y existir más allá de su reclusión familiar-doméstica, es defendida con inocencia y candidez. Si bien la autoridad pública masculina en el siglo XIX sometió a la mujer ecuatoriana con la fuerza de la ley civil y religiosa, y la violencia represiva directa, su opresión implicó también formas de poder seductor, que buscaron su misma aceptación y consentimiento subjetivos. Violencia y seducción fueron la cara y contracara de la defensa del mismo discurso masculino de una mujer doméstica y virtuosa. En *El Combate*, la pequeña Soledad candorosamente declara: “nosotras no podemos ser iguales á ellos (los hombres) en deberes; luego no podemos aspirar á los mismos derechos... no, nosotras no queremos ser amazonas: más nos gusta la mujer de Virgilio, esa mujer casera que se levanta á las cinco de la mañana, alaba a sus dioses, barre la casa, prende el fogón humilde” (“Discurso”, *El Combate*, n°51).
 2. En esta presentación exploraré lo que llamo aquí los *ventriloquismos travestis de la escritura masculina decimonónica*¹, esto es, me refiero a aquellos discursos, pasajes o fragmentos escritos en que la voz del escritor masculino decimonónico parodia una identidad femenina, pretendiendo
1. Uso aquí el término “ventriloquismo travesti” para referirme específicamente a cómo una voz masculina toma el lugar, parodia, reemplaza, otra voz femenina, en la escritura y literatura decimonónicas. Insisto así en que se trata de una operación discursiva de reemplazo en el ámbito del género, y no la identidad racial o étnica como lo haría el indigenismo. Este “travestismo de la escritura masculina” no tiene nada que ver con las identidades de género sexual que se puedan autodefinir así y las luchas por su reconocimiento en la actualidad.

hablar como una niña o jovencita inocente que está convencida de su inferioridad y subordinación frente a los hombres. Analizaré primero el mencionado “Discurso” de Soledad Valencia; luego, me referiré a algunos de los travestismos letrados en la obra del escritor católico-liberal Juan Montalvo; finalmente, exploraré el homenaje póstumo a este escritor, fallecido en París en 1889, a partir de la emergencia de ciertas voces femeninas que toman la palabra de forma pública. La emergencia de estas voces femeninas legítimas, argumento, convierten la conmemoración de la muerte de Montalvo en un escenario de reapropiación simbólica de la palabra femenina silenciada, parodiada y subyugada en la sociedad ecuatoriana de la época.

“Nosotras no podemos ser iguales a ellos”

3. El “Discurso” de Soledad Valencia expresa bien la forma cómo la dominación patriarcal de la época buscó transmutarse en una forma de subordinación inocente, deseada y subjetiva. La niña empieza su discurso justificando la superioridad de los hombres. Valencia afirma, “Con harta frecuencia andamos las mujeres quejándonos de la superioridad que los varones se abrogan sobre nosotras; y muchas veces no estamos en lo justo” (*El Combate*, agosto 23, 1884). Valencia argumenta que, si bien no existe la superioridad natural de los hombres sobre las mujeres, los dos sexos tienen virtudes y facultades muy diferentes. Mientras que los hombres gozan de “la elevación del pensamiento” y “el vigor del brazo”; las mujeres tienen “la sensibilidad íntima” y “la delicadeza”. Es en base a estas diferencias que las profesiones y roles sociales de ambos sexos son también distintos: “á ellos la política, la ciencia de gobierno, la sabiduría del Senado, los tumultos del Foro; á nosotras, el imperio del hogar, la amable pericia de la mujer... el silencio de la casa. Ellos la guerra, el campo de batalla, la cólera, la sangre, nosotras la paz, la paciencia, las lágrimas” (*El Combate*, agosto 23, 1884). Para Valencia, las diferencias biológicas y psicológicas justifican las diferencias de género, y finalmente los distintos roles sociales. La inferioridad idealizada de la mujer doméstica y maternal es parte de un orden divino, natural y moral. Valencia concluye esta idealización afirmando: “no somos siervas”, “nos es dado aprender”, “adornarnos con las letras humanas”, “somos señoras en nuestro reino que es el hogar” (*El Combate*, agosto 23, 1884).

4. El discurso de Valencia nos presenta los ingredientes básicos de la escritura travesti decimonónica: se trata de una narración o discurso que supone la intervención de dos voces heterogéneas en el género escrito: por un lado, *la voz narrativa del discurso* (carta, charla, etc.) que es una voz femenina en primera persona, y que está identificada generalmente con una niña o señorita. Por otro lado, está *el autor del discurso o narración*, el escritor masculino de carne y hueso que se presenta a sí mismo de manera anónima e invisible. Mientras que la voz narrativa femenina se identifica con todas las mujeres en general, utilizando la tercera persona femenina del plural; el autor masculino intenta desaparecer de su propia narración. La voz femenina de la escritura travesti, en realidad, no es más que una ficción, una estratagema creada por el autor masculino que parodia una voz femenina para crear el espectro de una dominación consentida, deseada, asumida por las mismas mujeres de carne y hueso. La escritura travesti expresa así la existencia de una dominación masculina narcisista y egocéntrica, en que ya *no se habla para* la mujer y sus deberes, sino que se busca sujetar su propia intimidad y subjetividad. Todo lo cual no solo afecta el contenido sino la forma de lo que se dice: la niña Valencia no habla o escribe, sino que recita y asume este decir como algo íntimo, propio de ella, intentando borrar cualquier rastro de subordinación o imposición.
5. El problema obvio con el discurso de Valencia es que comienza afirmando que no existe la “inferioridad natural” de la mujer, pero la confirma, una y otra vez, en las desigualdades de género que defiende. Valencia pregunta: “¿a qué título hemos de pretender los honores y ventajas de los héroes? profesiones hay incompatibles con nuestra naturaleza femenina” (*El Combate*, agosto 23, 1884). Al naturalizar ciertas conductas y roles sociales como femeninos, éstos no sólo se vuelven esencias inamovibles, sino privilegios incuestionables que justifican el mismo mito de la inferioridad femenina. La imagen del poder patriarcal encarnándose e interiorizándose como parte de la voz y cuerpo de una niña nos sugiere pensar además en la manera contemporánea como Michael Foucault piensa los órdenes disciplinarios: ese conjunto de procedimientos que controlan, miden, encauzan a los individuos y los hacen “dóciles y útiles”; sujetos de múltiples vigilancias, maniobras, calificaciones, rangos, lugares, exámenes, registros, que someten sus cuerpos, dominan sus multiplicidades y manipulan sus fuerzas (*Vigilar y Castigar*, 2002). El discurso de Valencia, por lo demás, no tiene nada de infantil ni inocente. Su declamación pública en Ambato

sucede en un momento en que la Asamblea Constituyente de 1883 discutía el derecho a la ciudadanía política de la mujer ecuatoriana y la mayoría de los parlamentarios votaba por primera vez por la exclusión explícita de los derechos políticos de las mujeres: ser varón se convirtió en un requisito constitucional para ser ciudadano. La escritura masculina travesti puede leerse aquí como una respuesta reaccionaria a la emergente participación pública y la defensa de los nuevos derechos y libertades de las mujeres decimonónicas que en este momento se discuten tanto nacional como internacionalmente.

“Los travestismos letrados de Montalvo”

6. Quizá sorprenda la afirmación de que Juan Montalvo, uno de los escritores liberales-católicos más prominentes de la época, venerado por la tradición patriótica ecuatoriana como un “héroe nacional” defensor de las libertades políticas, haya producido también esta clase de escritura autoritaria y sexista. En *Montalvo, civilizador de los bárbaros ecuatorianos* (Grijalva, 2004), he argumentado, sin embargo, que Montalvo tiene una visión ambivalente del pueblo ecuatoriano. Por un lado, heroica y patriótica cuando lo alecciona e idealiza como una fuerza social ilustrada capaz de oponerse a la tiranía; y por otro lado, abyecta y beligerante cuando constata su ignorancia y barbarie, de acuerdo a sus modelos europeos de lo civilizado-masculino.
7. La escritura travesti que Montalvo adopta para dictaminar lo que las mujeres “necesitamos” y “deseamos” aparecen publicados en *El Regenerador* (1876-1879) y *Las Catilinarias* (1880-1882). En estos textos, Montalvo no sólo rechaza una educación femenina científica y cosmopolita; sino que repudia también los derechos económicos y políticos de las mujeres. La cruzada del Montalvo travestido escrituralmente de mujer es la de resguardar un orden de obediencia, pasividad y moralidad femeninas. En “Las niñas del examen” (*El Regenerador*, 1877), el autor ambateño relata cómo dos niñas desesperadas “con los ojos llenos de lágrimas”, le piden su ayuda para aprobar un examen de oratoria. Las niñas Merceditas Quirola y Maclovia Hervas recitarán sus textos, comenta el escritor, con “gentil desenvoltura”, “gracia” y como si estuvieran “improvisando”. Una narración similar aparece también en *Las Catilinarias*, compilación de doce panfletos políticos

publicados entre 1880 y 1882. Montalvo se refiere aquí al caso de otra niña, esta vez sin nombre, que lo visita en su propia casa para pedirle otro discurso. Montalvo escribe: “Un día vi entrar a mi aposento a una niña de diez o doce años: Señor Don Juan, dijo, estoy nombrada para el certamen: vengo a pedirle un favor. El que tú quieras, mi vida. Deme un discurso, como suyo. Serás servida, chica: desde mañana te pones a ensayarlo. En tres días lo tenía, no en la memoria solamente, sino también en los ojos, la boca, las manos, el cuerpo: itan declaradas eran su inteligencia y sus dotes oratorias!” (*Las Catilinarias*, 223).

8. La narración de Montalvo es reveladora: estas niñas no sólo memorizan sus discursos, sino que, una vez más, lo hacen parte de su misma corporeidad. Montalvo se refiere aquí, sin duda, a un proceso de sujeción, de internalización de la dominación masculina, como diría Pierre Bourdieu. Hablar de dominación, en este sentido, supone siempre la existencia de un poder, una forma de dominio que ha sido asumido, aceptado o interiorizado. No basta, como afirma Bourdieu, con el ejercicio de la violencia física o represiva, ejercer el poder, en este caso el poder masculino, significa internarse en el alma de las mujeres subordinadas (Bourdieu 2000). En *Mecanismos síquicos del poder*, Judith Butler ha observado también que la *sujeción*, a diferencia de la *subordinación*, es un poder que estatuye y constituye lo que un sujeto social es; y es además, un poder consentido, asumido por el mismo sujeto. Para Butler, “El poder no solo actúa sobre [*acts on*] el sujeto, sino que *actúa* [*enacts*] al sujeto, en sentido transitivo, otorgándole existencia” (*Mecanismos síquicos del poder*, 24). Entendido así no habría un cuerpo infantil e inocente que memoriza el discurso de Montalvo, sino que el mismo cuerpo es infantilizado, degradado, reconstituido y conformado bajo la forma del discurso que estas voces femeninas asumen corporalmente. El travestismo de la escritura de Montalvo alegoriza así la manera en que el poder masculino decimonónico coloniza el cuerpo de la mujer, por decirlo así, para constituirlo como un sujeto femenino virtuoso.
9. Sujetadas a su inocencia y obediencia, inferiorizadas en su intelecto, construidas como cuerpos sexuales castos, bellos, deseosos de recitar la palabra masculina, así son las niñas de Montalvo: una alegoría ejemplar de la mujer ecuatoriana virtuosa. En “Cuerpo roto”, Cristina Burneo afirma que Montalvo se representa a sí mismo como un titiritero invisible. Las mujeres de sus historias son como marionetas que anhelan y desean comportarse desde los roles familiares de la tradición, la moral católica-conser-

vadora y la represión sexual. Burneo insiste en que “en ellas (en estos personajes femeninos) se ve el anhelo de una mujer no carente de voluntad, sino consciente de consagrarse a la guía de un hombre como su padre, su hermano, su sacerdote o su esposo” (*La cuadratura del círculo*, 72). A través de su escritura travesti, Montalvo, en efecto, sugiere que las determinaciones del comportamiento virtuoso de la mujer no pueden ser simples imposiciones sobre una conducta social, sino que deben ser asumidas como una forma de auto-reconocimiento y subjetividad propias, deben naturalizarse y transformarse en un mundo subjetivo de deseos y esperanzas femeninas. Tal como lo sugieren Foucault y Butler, la subordinación tiene que ser subjetiva porque la dominación –en este caso la dominación masculina– sólo es integral cuando es *actuada* por las mismas mujeres. Las voces travestis de Montalvo apuntan a la formación de ese sujeto femenino dependiente y sumiso en la imaginación patriarcal del escritor y su época. En *El Regenerador*, la voz travesti de Montalvo afirma: “No aspiraremos a competir con ellos (los hombres); pero sí hagamos lo posible por merecer su estima. Dejémosles sus ciencias, sus leyes, su política; nuestro encargo es mejor, más amable: nosotras, cultivemos las virtudes” (33).

10. La crítica argentina Francine Masiello ha observado que Domingo Faustino Sarmiento, en Argentina, usó también una voz travesti para producir un sentido de intimidad y privacidad femenina entre él y sus lectoras (*Entre civilización y barbarie*, 1997). Para Masiello, la apropiación de Sarmiento de una voz femenina puede explicarse como un deseo de controlar todos los discursos, trascender los límites prohibidos y glorificar su propia autoridad masculina. A diferencia de Sarmiento, sin embargo, que centra su escritura en la moda, los peinados y otros tópicos similares; las niñas de Montalvo discuten los límites de su propia educación y su negativa a participar en la vida política. Las dóciles y patéticas voces travestis de Montalvo pueden verse, en efecto, como una forma de silenciamiento político, un rechazo a las luchas y movimientos feministas internacionales de la época y la defensa de los nuevos derechos sociales, económicos y políticos exigidos por las mujeres en Europa y Estados Unidos. Despreciadas como “marimachos de la política”, la voz travesti de Montalvo le dice a estas mujeres:

Nosotras, en verdad, no queremos ser legisladoras, ni presidentas, ni ministros como esa loca de André Leó que en París da conferencias de socialismo-hembra, y pide un sillón en el cuerpo legislativo [...] No queremos, repito, ser electoras ni elegibles; diputados, ministros de la Corte Suprema ni otra cosa (*Las Catilinarias*, 1994, 225).

11. Los travestismos letrados de Montalvo y otros escritores decimonónicos de la época no dejan de revelar la existencia de una escritura masculina heterogénea y conflictiva, que oculta y revela a la vez las tensiones, disonancias y exclusiones del intento de silenciar e invisibilizar la emergente participación pública y política de las mujeres de la época. Es desde las fracturas de esta identidad femenina impuesta, desde la construcción masculina de un deseo e identidad femeninos en constante autocensura y autonegación, que las voces de ciertas escritoras emergentes empezarán a cuestionar esta lógica de representación autoritaria, reapropiándose de la imaginación patriarcal como un espacio productivo y crítico de su propia subjetividad.

“Un homenaje póstumo entre féminas”

12. La muerte inesperada de Montalvo el 17 de enero de 1889, en París, desencadenó una serie de reconocimientos póstumos en la prensa ecuatoriana de la época. *La Revista Literaria*, editada por José L. Tamayo y Manuel Tama, en Guayaquil, publicó, en particular, cuatro números de homenaje. Jacinta P. de Calderón, Antonia Mosquera, Carolina Febres Cordero, Dolores Flor, Dolores R. Miranda, Dolores Sucre, J. Amelia Narváez, Lucinda Pazos y Rita Lecumberry conforman aquí un cortejo literario-femenino inesperado. Si bien la muerte de Montalvo provee un escenario retórico de pérdida y lamentación ante una literatura que ya no se escribirá –la de la obra futura o inconclusa del escritor fallecido-; abre también un lugar de visibilidad desde el que la escritura femenina, antes censurada y bajo sospecha, ahora es leída y escuchada. Las voces de estas escritoras, en realidad, se apropian del silenciamiento creado por la cultura patriarcal dominante, convirtiendo sus exclusiones y parodias en el objeto mismo de su escritura. Las poesías y ensayos publicados por estas mujeres lamentan la muerte del famoso escritor, pero no dejan de quejarse también de los límites y omisiones a sus propias voces poéticas y literarias. En el poema titulado “Lo que soy y lo que anhelo”, la guayaquileña Rita Lecumberry pregunta:

¿Quién soy yo? Mísera y vana
Sombra, cuyo leve paso
Deja apenas signo escaso
A la indiferencia humana
Mas, ¿cómo, si no soy nada
Ni ostento laurel humano

Repueba el error mundano
Mi voz desautorizada? ...
[Y ella mismo responde]
Del talento y la virtud
que iluminan la razón (*La Revista Literaria*, 1889, n°10; 93-94).

13. Lecumberry, plenamente consciente de su “voz desautorizada” por la cultura de silenciamiento femenino existente, justifica sus escritos no desde el deseo o voluntad personales, sino desde una fuerza superior a ella misma, esto es, sus “talentos”, su “virtud” y “razón”. Se reconoce apenas a sí misma como una “sombra” que deja “signo escaso” de su existencia; pero su poesía está iluminada por su inteligencia. La falsa modestia de la poeta es una excusa, una estrategia del débil, para escribir y auto-afirmarse como una “mujer de signos”. En “Duelo nacional”, otro texto de homenaje póstumo, Dolores Flor declara: “Hoy, día Sábado, acabo de leer en ‘El Globo’, una noticia que me ha sorprendido y agobiado: la de haber fallecido don Juan Montalvo. Como si los hombres superiores no debieran morir, he quedado muda de asombro” (*Revista Literaria*, abril 14, n°11). Flor lamenta que el autor de los *Siete Tratados*, exiliado en París, haya muerto lejos de su tierra, en pobreza y soledad, y solo ahora ya muerto lleguen los “lauros”, “estatuas” y “coronas”. Todo lo cual lo sintetiza así: “para los grandes hombres, grandes amarguras” (*Revista Literaria*, abril 14, n°11). Hasta aquí, Flor sigue el homenaje patriótico al héroe literario fallecido, pero al final de su texto, el sujeto de su evocación cambia, ya no habla de Montalvo, sino de ella misma. Flor pregunta: “Por qué escribo estas líneas? No lo sé! Ellas no pueden añadir a su memoria un átomo de gloria. Yo sé que mi voz se perderá. Pero, qué importa? Los pesares ahogan: no pueden estar encerrados” (*Revista Literaria*, n°11, 12). ¿Es Montalvo aquí un pretexto, una excusa, para denunciar los silencios, censuras y exclusiones impuestas a las mujeres ilustradas que son consideradas “nada” y cuya voz “se perderá”? Resulta extremadamente significativo que la muerte de Montalvo y el silenciamiento de su pluma permitan ahora hacer audibles las voces femeninas antes acalladas; y que sea sobre esta muerte, que estas nuevas voces adquieran vida. El homenaje póstumo a Montalvo revela la existencia de un momento histórico clave en que aparecen definidos dos universos literarios –y acaso, culturales–, a momentos cómplices el uno del otro; a momentos, antagónicos. Por un lado, el orden literario-patriarcal hegemónico que Montalvo defendió, y desde el que no dudó en travestirse, parodiar y silenciar a la mujer de la época en su escritura. Por otro lado, la progresiva

emergencia de un grupo de mujeres ecuatorianas ilustradas, “mujeres de signos” cuya palabra, entre quiebres y silencios, empezarán el duro camino de justificarse y autorizarse a sí mismas en su existencia como escritoras, convirtiendo la misma muerte (o el silencio) de Montalvo en uno de sus lugares de auto-afirmación cultural. Las voces femeninas que Montalvo habría parodiado en vida tienen así, en su propio homenaje póstumo, un momento de irrupción repentina que esta vez retuerce el silenciamiento impuesto sobre la mujer decimonónica ecuatoriana.

Conclusión

14. Queda pendiente, sin duda alguna, un estudio de mayores dimensiones sobre los ventriloquismos travestis de la escritura masculina en el siglo XIX en el Ecuador en general y sus correspondencias latinoamericanas en la época. La relectura de la escritura patriarcal decimonónica desde una perspectiva de género crítica; y además, contrastada y comparada con la producción literaria de las mismas mujeres ilustradas y escritoras de la época es una necesidad imperiosa. El ventriloquismo travesti de Montalvo y otros escritores defensores de la subordinación femenina fue parte, en cierto, de una cultura de época, una cultura de silenciamiento femenino. Esta afirmación, sin embargo, no debe llevar a justificar ni naturalizar las posiciones patriarcales de Montalvo u otros escritores. Al contrario, es necesario revelar los distintos mecanismos bajo los cuales el poder masculino letrado decimonónico silenciaba a las mujeres; y recuperar, a la vez, esas voces femeninas críticas que se atrevieron a cuestionar las parodias y censuras de las que fueron objeto. Lucha femenina que no dejó de ser tampoco ambigua y paradójica.

Bibliografía

ANÓNIMO, “Discurso”, *El Combate*, n°51, Ambato, 23 de agosto de 1884.

ANDERSON Benedict, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

BARRERA J. Isaac, *Juan Montalvo*, Quito, Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954.

BOURDIEU Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

BURNEO Cristina, “Cuerpo Roto”, *La cuadratura del círculo*, Iván Carvajal ed., Quito, Orogenia Corporación Cultural, 2006, p.60-116.

BUTLER Judith, *Mecanismos síquicos del poder*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.

CUEVA Agustín, *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.

DEMÉLAS Marie-Danielle e SAINT-GEOURS Yves, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador 1780-1880*, Quito, IFEA / CEN, 1988.

Dolores Flor, “Duelo nacional”, *La Revista Literaria*, n°11, José L. Tamayo y Manuel Tama ed., Guayaquil, 1989.

FOUCAULT Michel, *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XIX Editores, 2002.

GRIJALVA Juan Carlos, *Montalvo: Civilizador de los bárbaros ecuatorianos*, Serie Magíster Vol. 54, Quito, UASB, CEN, Abya-Yala, 2004.

LECUMBERRY Rita, “Lo que soy y lo que anhelo”, *La Revista Literaria*, n°10, José L. Tamayo y Manuel Tama ed., Guayaquil, 1989.

MASIELLO Francine, *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 1997.

MONTALVO Juan, *Las Catilinarias*, Quito, Libresa, 1994.

_____, “Las niñas del examen”, *El Regenerador Tomo II*, Ambato, Ilustre Municipio de Ambato, Biblioteca Letras de Tungurahua, 1987, p.28-33.

J. C. GRJALVA, «Ventriloquismos travestis de la escritura masculina...»

____, “La invasión de las mujeres en la política”, *Montalvo en París, Tomo II*, A. Dario Lara ed., Quito, Ministerio de Educación y Cultura, 1983.

MORENO Julio E., *Montalvo*, Quito: Imprenta Municipal, 1962.

VEINTIMILLA DE GALINDO Dolores, “A mis enemigos”, *La safo ecuatoriana. Dolores Veintimilla Carrión de Galindo. Estudio histórico-literario*, Ricardo Márquez Tapia ed., Cuenca, Casa de la Cultura, 1968.